

EL TEJIDO DE LA CRÍTICA

UNA ANTOLOGÍA DE LECTURAS

El tejido de la crítica
Una antología de lecturas

© Javier Edwards Renard

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 · Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl · 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile
Primera edición julio 2025

ISBN libro impreso: 978-956-357-534-7
ISBN libro digital: 978-956-357-537-8

Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato ciego.

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño interior y portada
Alejandra Norambuena

Fotografía de portada:
© Rik Trottier | Dreamstime.com



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

EL TEJIDO DE LA CRÍTICA

UNA ANTOLOGÍA DE LECTURAS

JAVIER EDWARDS RENARD

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

CONTENIDO

PRÓLOGO	13
---------------	----

CAPÍTULO I

Vanguardia femenina.....	29
--------------------------	----

Y se abrió la caja de Pandora.....	31
Meruane en breve.....	39
Entre el deseo y la imaginación.....	43
Con lucidez e ingenuidad.....	47
El país del Mapocho.....	51
Descollante Collasuri.....	53
Memorias de la sangre.....	57
Palabra y silencio en Lilian Elphick.....	61
Historia de una mujer.....	65
Viajes de necesidad y destino.....	67
Una narradora honesta.....	71
Una novela ambigua.....	73
La memoria es el texto inevitable.....	75

CAPÍTULO II

Emblemáticos, instalados e incipientes.....	77
---	----

Instalarse en el canon. Un triunfo inestable.....	79
Las metáforas del “otro” y los límites de la libertad.....	83
En el límite de la novela.....	87
Palabras, seguras palabras.....	89
La memoria y el salón.....	93
La novela anécdota.....	97
Con fortalezas y debilidades.....	101
Novela del dolor.....	105
Roberto Bolaño, a otro nivel.....	109
Cuentos de alta precisión.....	113
Los secretos de la trama.....	115
Sentencias, relatos y algo más.....	119
Siete relatos intimistas y una sentencia.....	123

CAPÍTULO III

Nueva Narrativa pura y dura	127
Un estallido de posibilidades y actos fallidos	129
Historia personal del miedo	133
La historia imaginaria	135
Bajo la geometría del triángulo	139
Trío para anécdota y dos historias	143
Volviendo a la metáfora	147
Las dos caras del relato	151
Con pantalón largo	157
Ópera prima	161
Alegoría en tono menor	165
Cuentos: partes de una novela que no se tocan	169
La vorágine embriagadora	173
Relatos sin identidad	177

CAPÍTULO IV

Quince minutos de fama o muchos más	181
Superar la barrera del esfuerzo sin dejar de esforzarte	183
Pasión y razón: en el límite del equilibrio	187
<i>McOndo</i> o la colonización definitiva	191
Adán en los libros de Eva	195
Con el ojo en la memoria	199
El absurdo necesario	203
La desaparición de Marcela “Agatha” Serrano	207
Primeros relatos	211
Escribir desde la pasión	215
Con los ojos de un pequeño Sartre	217
El peligroso encanto de la levedad	221
Fuguet en amarillo	227

POSFACIO..... 231

Tres anécdotas y una entrevista para el final	233
Entrevista a Philip Roth.	
El león no es tan bravo como lo pintan	243

A mis hijas Isidora y Antonia,
sin quienes nada tendría sentido.

A su madre, Catalina Matte Lira,
que me acompañó gran parte del camino.

A mis padres, Marcial Edwards Puelma
—quien me regaló la pasión por la lectura—
y Ximena Renard Ruiz, lectora intuitiva y sagaz.

A Marta Blanco, talentosa escritora y amiga infinita.

A Mariano Aguirre y José Miguel Ibáñez Langlois
(Ignacio Valente), críticos agudos que
—desde las antípodas— me abrieron la puerta.

A María Elena Aguirre y Cecilia García-Huidobro,
por la confianza.

A Iván Quezada, poeta, escritor y editor,
por esa perseverancia.

And last but not least, a Jorge Edwards,
por su generosidad, y a Diamela Eltit
por su incansable insistencia.

Nada está construido en piedra;
todo está construido sobre arena,
pero debemos construir
como si la arena fuera de piedra.

Jorge Luis Borges

PRÓLOGO

PALABRAS DE UN LECTOR INEVITABLE

Leyendo ficción he entendido mejor lo real.
En lo imposible he vislumbrado lo posible, en el error, lo certero,
especialmente en lo inverosímil yace una lógica implacable,
todo alojado en diversas ficciones poderosas. He pasado parte
importante de mi vida leyendo, parte también escribiendo. En fin, todo
puede pasar, pero en este momento no sé qué haría si no leo y escribo.

Diamela Eltit

Se llega a la lectura como se descubre una vocación, una pareja, una esquina imprevista en que sentimos la tentación de iniciar un camino inesperado. Es un poco azar o inevitabilidad; es elección y destino. Nace en el espíritu o la inteligencia de gente rodeada de libros, o como una necesidad de quienes recibieron una obra prestada o de regalo, o cuando alguien en una biblioteca siente el llamado, la apelación de esos objetos misteriosos llenos de signos, palabras, frases, reglas textuales y revoluciones infinitas llamadas a romper el silencio y decir algo: lo indecible, una provocación, el desesperado intento por dejar algo que sobreviva a la propia vida y que tenga la capacidad de transmitir un mensaje, como una carta que navega en el mar hacia un destino impredecible.

En mi caso, la lectura comenzó haciendo honor a la tradición oral. Antes de aprender a leer, de descubrir que signos seguidos —unos tras otros— construían palabras, frases y mensajes de todo tipo, comencé a leer a través de mis oídos, de la escucha

curiosa y concentrada de los relatos que mi padre nos contaba, desde los tres o cuatro años de edad, a mi hermana y a mí, como un ritual casi diario antes de dormirnos. El nuestro era un padre-abuelo, casado en segundo matrimonio con una mujer diecisiete años menor, nuestra madre, que sabía seguirle el ritmo a fuerza de pasión y curiosidad natural.

A las ocho de la noche —especialmente en invierno, cuando oscurece más temprano— se iniciaba el ritual. Podía ser el cuento de *Pepito Grillo*, favorito de mi hermana y el cual contaba de tanto en tanto, agregando variaciones que ella detectaba y reclamaba como una traición a la historia verdadera; o la tragedia de *Edipo*; o la historia de Salomón el rey justo; o relatos de *Las mil y una noches*; o algún cuento de Wilde (*El ruiseñor y la rosa* o *El fantasma de Canterville*); o las historias de los hermanos Grimm, o de H. C. Andersen. Tenía el don de narrar. Recuerdo esas sesiones en las que, del mismo modo en que ocurre cuando se lee un libro, de repente uno ya no estaba en su cama, pieza o casa. No estaba con el *Padre-Sherezade*, sino en un espacio imaginario, de una potencia que ya mayor entendí como infinita. He leído y visto la representación de *Edipo* de Sófocles muchas veces a lo largo de mi vida, siempre sorprendido por esa capacidad de los antiguos griegos de abordar todos los temas y preguntas que la humanidad se viene haciendo desde que tomó conciencia de sí misma. Aun así, cuando pienso en la tragedia del hijo de Layo y Yocasta, la imagen más poderosa que conservo es la de esos relatos paternos antes de dormirnos.

El ritual de los cuentos debe haber comenzado hacia el año 1966 (yo nací el 24 de enero de 1962 y mi hermana el 5 de septiembre de 1963). Vivíamos en un departamento en la calle Phillips, sabíamos que éramos vecinos de don Jorge Alessandri, quien había sido presidente de Chile entre 1958 y 1964. Un vecino distante, severo pero también amable. Conocía a mi padre porque mi abuelo, Marcial Edwards Sutil, había sido amigo del suyo, el León de Tarapacá. Éramos niños de departamento en tiempos en que el centro de Santiago era un espacio en que se combinaban edificios y casas residenciales, inmuebles públicos y oficinas. Una niñez

en que la antigua Plaza de Armas era nuestro jardín y espacio de juegos; la Catedral de Santiago, un lugar misterioso lleno de rincones para descubrir y que no dejaban de generar cierto temor. Mis padres, a pesar de ser pecadores excomulgados (por haberse anulado y vuelto a casar), nunca cerraron las puertas a una mirada católica del mundo, pero lo hicieron —por sabiduría o necesidad— con una flexibilidad que nos permitió observar todo eso con una fe dócil y escéptica, que con los años resultó ser sensata y más humana.

Fue una niñez distinta, la de hijos un poco privilegiados, un poco parias sociales, que vivían en la infinidad de mundos que habitaban la literatura, entre esa Plaza de Armas y el Hotel Crillón, y eneros en la piscina del *rooftop* del Hotel Carrera, todavía de la cadena Hilton y que después sería Sheraton. Los libros eran, de alguna manera, un refugio frente a la sanción conservadora a ese par de ovejas descarriadas que habían decidido ser libres bajo el ímpetu de una bohemia encantadora, burguesa y algo cinematográfica. Contarnos cuentos, leerlos de oídas y después hacerlo desde el papel mismo, sacando libros desde las estanterías y leyendo sin censura alguna lo que apareciera fue, al fin de cuentas, el alimento para hacer un largo camino con sorpresas, coincidencias, derroteros inesperados, momentos de intensa felicidad y otros de un dramatismo sin fondo.

Mis padres eran personajes de un relato lleno de contrastes. Personajes de película, en que el carisma, la elegancia y la inteligencia se conectaban con una profunda incapacidad para resolver los problemas más elementales. Esa combinación hacía indispensable que la literatura se filtrara por todos los intersticios de nuestra familia disfuncional, con hijos tuyos, míos y nuestros, para que cada cual sobreviviera como pudiese. Y, de alguna forma misteriosa, esos padres geniales y descabellados, armados de Literatura y Arte, legaron a sus hijos la capacidad de mirar el mundo con la flexibilidad necesaria para entender lo que vendría, sin que ello destruyera la capacidad de ser felices.

El matrimonio pecaminoso de un flemático *lord* y una intensa María Callas, no podía sino terminar como lo que mi padre habría calificado de “paradoja chestertoniana”. Preparados todos

para que el padre, significativamente mayor, falleciese antes que la madre joven, fuimos golpeados por la sorpresa con que llegan los “heraldos negros” de Vallejo. Fue así como, en poco menos de tres meses, coincidiendo con la visita de Juan Pablo II en 1987 (el papa polaco y político que proclamó ante las multitudes reunidas en el Estadio Nacional y en el Parque O’Higgins, en los últimos años de la dictadura militar: “¡el amor es más fuerte!”), la madre, con 56 años, partía para siempre y el padre la sobreviviría diez años más. *Murphy’s law*. Como en la historia de todos y cualquiera —en la superficie o cavando más profundo en la intimidad—, entre nosotros siempre estuvo presente esa red infinita de imprevistos e inexorables que es la vida. Gracias a ellos, todos necesitamos del Arte y la Literatura, es por eso que hacemos de los lenguajes nuestra salida de escape, nuestra alternativa para articular alguna forma de felicidad.

Un día, probablemente en 1967, mientras íbamos en auto por la Alameda, recuerdo haber visto desde una ventana trasera un letrero sobre un edificio —al menos así lo recuerdo— con una serie de letras que, tras un momento, se transformaron en una frase con significado, pero sin sentido: *Aluminios El Mono*. Ese fue el día de mi primera lectura textual, la que ejecuté gritando: “¡¡Papá, mamá!, ahí dice: *Aluminios El Mono*... ¿Por qué?”. Y, en una suerte de estallido semántico, el mundo se me apareció lleno de palabras y preguntas que nunca más dejaron de surgir y formularse. Era el nacimiento definitivo del lector, hijo de un narrador de relatos que nunca llegó a escribir un libro y de una mujer guapísima que cantaba a la perfección, pero cuyo padre le dijo a su profesor de canto que las clases llegaban hasta ese día, a los diecisiete años, porque no quería una “bataclana en la familia”.

En la casa de mis padres siempre hubo libros y música. De los autores más diversos, a pesar de la predilección de mi padre por los ingleses de su época (Chesterton, Belloc, G. B. Shaw, Wells, Huxley), y música de todo tipo, desde J. S. Bach a Bartók; desde Brubeck a Antonio Carlos Jobim; desde Sinatra a la Callas. Tuvimos una niñez en que tanto se leían libros como se escuchaban vinilos. En 1974, con motivo de la compra de un nuevo tocadiscos —algo que hoy día llamarían “tornamesa” y mis padres

nombraban como *pick-up*—, nos regalaron dinero para comprar-nos nuestros primeros libros y vinilos. Partimos al entonces moderno centro comercial *Caracol*, en avenida Nueva Los Leones casi esquina con Providencia, y sin saber qué habíamos comprado, mi hermana volvió a la casa con *Papelucho* de Marcela Paz y *Country Roads*, un disco de John Denver; mientras yo me hice de *1984*, de George Orwell, y *Long Live Love*, uno de los primeros álbumes de Olivia Newton-John. Ambos regresamos directo a descubrir nuestras adquisiciones y pelear por quién escuchaba primero su disco, presumiendo qué libro era mejor. En literatura la edad de cada cual hizo lo suyo, y en música solo el azar o alguna explicación junguiana podrá decir por qué ambos terminamos con discos de cantantes *country* con carreras similares. Se quedaron para siempre en nuestros registros vitales, como el resultado de esas “afinidades electivas” que, del mundo de la alquimia, Goethe tomó como título para su novela publicada por primera vez en 1809.

Un lector se hace y forma de mil maneras. Leer hace vivir infinitas vidas de un modo que ninguna otra forma de contar historias o formular reflexiones logra captar y transmitir. Hay una suerte de misterioso decodificador en el cerebro que lleva del signo a la imagen, en un proceso de una intensidad intelectual y espiritual transformadora. Es el ritmo, el tiempo que toma, la abstracción que genera cambios mentales y físicos, de una unicidad no replicable en otras expresiones artísticas. Al menos, no al mismo nivel. El lector necesita libros y los libros requieren de los escritores, maestros de la palabra. El haber asumido la lectura como una necesidad me hizo sentir que también debía escribir, ser el autor de mis propias ficciones o textos. A lo largo de los años fui escribiendo fragmentos que se estrellaban ante la perfección de lo publicado por otros autores, a los que leía y admiraba. Leer era y es, de cierto modo, extenuante, pero escribir es algo titánico en el sentido de la dimensión del esfuerzo y también de esa inevitable posibilidad del más absoluto naufragio.

En la timidez de la infancia y la adolescencia, leer era ese espacio seguro donde uno logra refugiarse del mundo que no logra entender del todo, pero le impacta. Habiendo tenido un padre con

la edad de un abuelo, la sola visión de un anciano cruzando con dificultad una calle era de las cosas que más me conmovían, evidenciando la fragilidad de la vida, la inevitabilidad de la muerte y los miedos que de ello se derivan, no para uno —porque esa es la edad de la inmortalidad—, sino para aquellos que uno quiere. Un cuento de Borges me devolvió la paz, “El inmortal”, una alegoría sobre la muerte propuesta como la salida al infierno que sería vivir para siempre en este planeta infinitamente microscópico. Una entrevista a Antonio Tabucchi, leída años después, sería su complemento: no existe escritura, lectura, sentido artístico del tipo que sea, que no provenga del talante melancólico. Esa es la esencia de toda timidez y de cualquier viaje en que el pensamiento es la senda del descubrimiento de dónde estamos y lo que somos.

Colegio y después la universidad. Sería más de lo mismo, con una timidez que se fue escondiendo detrás de una armadura de ideas y argumentos. Es probable que pocos conocidos míos digan que, después de mis dieciocho años —quizás desde un poco antes—, yo era una persona tímida o melancólica. Quizás afirmen lo contrario, que era alguien con un carácter fuerte, capaz de hablar claro y seguro frente a cualquier interlocutor. Detrás de esa armadura estaba y está, sin duda, la lectura de las más diversas páginas, desde la sutileza de Chéjov al desenfado de Holluellebecq, o el refugio que fue Chesterton —por recomendación de mi padre—, cuando, todavía quinceañero, la lectura de Camus, Sartre, Beauvoir, *El lobo estepario* de Hesse, me tuvieron angustiado pensando en una existencia arrojada hacia la nada.

Pero siempre fue leer para escribir y esto último significó durante años esforzarme por armar relatos de ficción: textos breves, borgeanos, o de larga envergadura, a lo Tolstoi o Dostoievski. No era menor la vara que me imponía, todo lo que me gustaba leer tenía un grado de compleja profundidad y perfección que me hacían sentir que cualquiera de mis intentos sobre el papel se convirtiese en algo, para mí, desechable. Y así pasaron años de lecturas infinitas, de veranos en los que al menos un mes estaba dedicado a leer hasta quedar extenuado, con los ojos rojos y el cerebro lleno de ideas efervescentes.

Fue también en esos años adolescentes en que descubrí mi pasión por la filosofía, por el lenguaje como objeto de estudio. Se me pasó por la mente estudiarla formalmente, pero la sensatez burguesa o la conciencia de lo difícil que podía ser la vida sin recursos suficientes, me llevó a pensar en Derecho como la alternativa profesional que me permitiría combinar todos los intereses y metas. Eran muchos y demasiados, no tanto en lo económico como en el hallar una manera de vivir la vida al máximo, entendiendo ese extremo no como los excesos en que incurren muchos, sino como la posibilidad de entender, conocer, ver, escuchar, palpar, saborear todo aquello que me hiciera sentir que este minúsculo paso vital tuviese sentido.

El año 1980, estudiando mi cuarto año de Enseñanza Media en el Liceo Manuel de Salas (LMS), establecimiento elegido por decisión económica y en consideración a su calidad académica, descubrí la importancia del método y el esfuerzo. Aprendí de profesores excelentes y competí —en buena lid— con magníficos compañeros de curso que no concebían egresar del colegio si no era para entrar a la universidad. Fue un año de despertar a nuevas cosas. Conocí grandes maestros, como los profesores De los Reyes (Historia), Quintana (Economía), López (Castellano, hoy Lenguaje), Marchant (Matemáticas), Miranda (Química). Mención aparte merece la querida Nella Bustamante (Francés), quien había estudiado en La Sorbonne; era joven, entretenida y atractiva, y enseñaba el francés a través de la literatura, la música, el pensamiento. Éramos esponjas absorbiéndolo todo. Leíamos a Saint-Exupéry, *Le petit prince*, por supuesto (ella me decía “M. Renard”). Con un grupo de iniciados nos reuníamos a leer *Citadelle*, el testamento literario de Saint-Exupéry; *L'Étranger*, de Camus (“*Aujourd’hui, maman est morte. Ou peut-être hier, je ne sais pas. J’ai reçu un télégramme de l’asile: ‘Mère décédée. Enterrement demain. Sentiments distingués. Cela ne veut rien dire. C’était peut-être hier*”)¹; y más. El

¹ “Hoy, mamá ha muerto. O tal vez ayer, no sé. He recibido un telegrama del asilo: ‘Madre fallecida. Entierro mañana. Sentido pésame’. Nada quiere decir. Tal vez fue ayer”.

LMS fue un espacio de descubrimientos: Neruda, Pablo de Rokha y Huidobro. Además de una polola-amiga, furibunda comunista, poeta, distinta. Fue inevitable la atracción, de alguna manera ambos nos sorprendíamos. Ella era, en el fondo, menos comunista que lo declarado, pariente de María Monvel; y yo era menos “momio” que lo imaginable, pariente de Joaquín y Jorge.

Preparé la Prueba de Aptitud Académica con una sola opción en mente: Derecho en la Universidad de Chile. En ese tiempo no existían las universidades privadas. Mi esfuerzo debía darme certeza en las materias de Verbal, Matemáticas e Historia.

En enero de 1981, fuimos con mi mamá y hermanas a ver el musical basado en *El Quijote*, *El hombre de La Mancha*. Mi papá se quedó en casa, esperando el llamado telefónico con que nos darían anticipadamente mis puntajes. El estrés era total, quería sin quererlo volver a casa para saber si lo había logrado o no. Al regresar, mi papá —“Lord Edwards”, como le decían— abrió la puerta con su acostumbrada calma británica (o lo que él entendía por eso) y ante mi pregunta ansiosa contestó, demorando las palabras: “mira, no entendí mucho. Me dieron una serie de números que anoté en un papel, déjame verlos”. Tomó el papel, se puso sus anteojos de lectura y lentamente dijo algo así: “parece que todos los números son mayores que setecientos y uno cerca de los ochocientos”. Me había convertido en un futuro estudiante de Derecho de la Universidad de Chile.

Comenzaron así, en 1981, cinco años de estudio que fueron un estallido mental. Si bien el paso por el LMS había sido un anticipo, empezó entonces el contacto pleno con el Chile real de esa época, reflejado en la frase de mi padre el 11 de septiembre de 1973, temprano en la mañana, mientras escuchábamos las noticias sobre el golpe de Estado: “ha terminado un mal gobierno, pero están ocurriendo cosas de las que el país no se olvidará jamás y quedarán heridas aún más profundas”. Él era un demócrata convencido, al que tanto el nazismo como el comunismo del siglo XX lo habían marcado a fuego. Fue uno de los fundadores de la Falange Nacional, la que abandonó decepcionado cuando dicho grupo apoyó a Cruz-Coke para unirse a las filas de González Videla;

conoció a Salvador Allende y a doña Tencha Bussi. Con esta última tuvieron una buena amistad y la pude conocer en la casa de don Luis Matte Valdés, —quien fuera ministro de Allende y más tarde mi suegro (después exsuegro)—. Una noche don Lucho, como le decían, nos convidó a mi padre y a mí a su casa en La Florida, en las tierras de lo que había sido el fundo de los Valdés Freire. Fue un encuentro tranquilo, con una conversación profunda y sincera entre todos los presentes, en que pude conocer a doña Hortensia Bussi, impactándome su belleza y distinción natural.

El decano de la Facultad de Derecho era Hugo Rosende Subiabre, designado por el gobierno de Pinochet. En los espacios académicos, bajo su gobierno, se respiraba un aire denso. Entre los alumnos había representantes del Chile real: todos los colores políticos, clases sociales, condiciones económicas. El día a día no era fácil, había un silencio que solo se rompía en espacios pequeños, privados, en conversaciones que surgían tras un largo proceso de confianza. Había un común denominador: quienes estábamos allí queríamos esa diversidad, pero hasta 1983 —año en que se iniciaron las protestas por la crisis económica que terminaría con el imperio de los llamados *Chicago Boys*—, la mano férrea del decano Rosende era inevitable.

Leer vorazmente lo que fuera se convirtió en una vía de escape y a la vez en un espacio de encuentro. Algunos maestros nos abrieron mundos, miradas: Antonio Bascuñán Valdés, Enrique Barros Bourie, María Angélica Figueroa, Enrique Serra, Jorge Navarrete y Sergio Yáñez. Ellos eran las “personas *non gratus*”. Entre los profesores oficialistas también había elementos preparados, como Pablo Rodríguez Grez. De este modo, el conjunto de las tensiones era de una fertilidad perfecta. Nuestra lectura incluía leer los hechos, la historia que se iba construyendo con el paso espontáneo de los instantes.

En 1981, el profesor Enrique Barros Bourie, quien volvía de su doctorado en Alemania, compartió la cátedra de Introducción al Derecho con el profesor Bascuñán Valdés. A poco avanzar sus clases, formó un grupo con alumnos de primer a quinto año. Participé con mis compañeros de generación Antonio Bascuñán

Rodríguez, Felipe Viveros e Ignacio Gómez. Y de los cursos superiores recuerdo a Alfredo Jocelyn-Holt, Pablo Ruiz-Tagle Vial (actual decano de la Facultad), Francisco González y Gastón Gómez Bernal. Nos reuníamos una vez a la semana en una salita de la torre del reloj. Enrique Barros, aún joven, venía de Alemania con ideas nuevas. Que nos hubiese elegido era un privilegio, ser tocados por la varita mágica de la inteligencia. En las juntas conversábamos sobre Derecho y contingencia, discutiendo y revisando las lecturas que nos recomendaba Barros.

A quienes iniciábamos los estudios de Derecho nos servía para entender las materias y contenidos. Veíamos la manera en que todo era consecuencia de la realidad. No leíamos a Kelsen o Tomás de Aquino, sino a Arnold Gehlen, Konrad Lorenz, Rawls, Habermas. Cada uno escogía sus caballitos de batalla: Wittgenstein, Heidegger, Foucault, Lacan, los historiadores de la Escuela de los Anales. Suma y sigue. El mundo estallaba en mil pedazos para rearmarse otra vez. En esas reuniones, el pensamiento se daba a sí mismo rienda suelta, sabiendo que, fuera de las paredes de esa pequeña oficina, el país pasaba por uno de sus peores momentos.

Así seguimos, pensando con independencia política y con la convicción profunda de que era esencial el regreso de la democracia. No alcanzamos a cumplir un año con nuestras reuniones y el decano Rosende las consideró subversivas, prohibiéndolas definitivamente. Tuvimos que migrar, como un grupo clandestino, a la casa de Gastón Gómez, hijo de don Gastón Gómez Lasa, profesor de Filosofía y filósofo por derecho propio, conocido traductor de Platón al castellano. En su casa en calle Las Urbinas, en la amplia y cómoda mesa del comedor, siguieron nuestras conversaciones y lecturas, y se sumaron otros estudiantes. Hubo sesiones de cine arte, en las que mirábamos videos pirateados (lo único disponible entonces en los clubes de arriendo de películas). Devorábamos esos filmes con voracidad, intentando descifrar las imágenes borrosas de aquellos VHS que se saltaban los derechos de Propiedad Intelectual. Eran tiempos de dictadura, pero también de buscar, en los intersticios, la libertad.

Claramente no éramos un grupo expuesto a las peores acciones del gobierno de Pinochet; nos protegía el nombre, el contexto, la familia, el ADN. La dictadura siempre aplicó el sable con criterio selectivo. Leíamos a Borges, Cortázar, García Márquez, Carpentier, Rulfo, Sábato, los ya mencionados Neruda, Pablo de Rokha, Huidobro; también a autores estadounidenses y europeos; grandes clásicos de épocas y corrientes distintas. Nos deslumbrábamos con la *Paideia* de Werner Jaeger y los ilustrados que nos enseñaba la profesora Figueroa: Rousseau, Voltaire, Diderot; temas como la codificación y el constitucionalismo. Había que pasar de la lectura a la acción, como los volantes con frases célebres de grandes autores que escribíamos y hacíamos circular de mano en mano. Breves textos con reflexiones diferentes, concretas. Hasta 1983, el manto de inacción que nos cubría era efectivo. Había cierto permiso para decir y pensar, pero no para hacer.

El derrumbe del modelo económico de los *Chicago Boys* en 1983, con la crisis financiera derivada del *lassaiz faire, laissez passer* (montado sobre los recursos que se convertían en mutuos y colocaciones gracias al exceso de liquidez generado por los petrodólares), más el dólar fijo en 39 pesos y la fiesta del consumo fácil, llevaron al país de las cuentas “felices” a un endeudamiento externo, público y privado, nunca antes visto, y a una crisis financiera descomunal con liquidaciones de bancos, salvataje del Banco Central a otras entidades bancarias, capitalismo popular, PEM, POHJ, dólar subiendo, mercado negro, inflación, desempleo de hasta un 30% y la gente en las calles protestando. El gobierno procedió a usar la mano dura, pero la suerte de la dictadura ya estaba echada. Su final era cuestión de plazos. De hecho, se prolongó otros cinco años, hasta el plebiscito de 1988 con el triunfo del NO.

En ese tiempo de crisis y protestas, la dictadura se trizó. Surgieron medios de comunicación alternativos, la voz de la disidencia se alzó y nuevos espacios se crearon, como las revistas *Hoy*, *Cauce*, *Mensaje* y más tarde el diario *La Época*. En 1983, mientras estudiaba, había comenzado a trabajar como procurador en el Banco Central de Chile. Era el menos importante del equipo de abogados de su Fiscalía, pero tenía los ojos abiertos y observé el transcurso de

la crisis. Se adoptaron medidas correctivas; aparecieron los economistas de Harvard; llegó el ministro de Hacienda Hernán Büchi; se siguieron las recetas del FMI y el Banco Mundial; nacieron las AFP y las Isapres; comenzaron las operaciones llamadas Capítulo XIX, con títulos de deuda externa. La reorganización económica e institucional desembocaría, como ya dije, en el triunfo del NO el año 1988.

En la Facultad de Derecho, un centro de alumnos designado por el decano Rosende se enfrentaba a una elección. Con un grupo de compañeros de distintos cursos, formamos lo que se llamó —efímeramente— Movimiento Universitario Autónomo (MUA), que propuso levantar un centro de alumnos democrático, mediante el cual se llegaría a una elección definitiva. Me tocó, junto a Javier Ovalle Andrade (hijo del profesor Jorge Ovalle Quiroz), ser delegado de mi curso. Tras una negociación ardua, sin retrocesos, logramos democratizar el centro de alumnos de la Facultad de Derecho. Fue un proceso irreversible, que se extendió como la pólvora al resto de la Universidad de Chile y universidades del país. Después de eso, el MUA se disolvió, *moth to a flame*.

En esos años, como lector, experimenté una transformación importante. Por una parte, estaba mi necesidad creciente de acercarme al mundo de la literatura; y por otra, después de una conversación con mi jefe directo en el Banco Central de Chile, el entonces abogado jefe, Ramiro Méndez Urrutia, la ruptura de la confianza con él. Hasta entonces había hecho de mentor, pero cierta tarde, mientras hablábamos sobre temas del trabajo y el país, se me ocurrió preguntarle qué pensaba sobre las violaciones a los derechos humanos. Me preguntó, cortante, de qué estaba hablando, y agregó: “¡no me vas a decir que eres democristiano, huevón!”. A lo que contesté: “no soy político, soy estudiante de Derecho”. Fue el fin de la mentoría y la confianza, y el inicio del silencio entre nosotros.

Necesitaba el trabajo y por suerte no me despidieron. La derecha siempre tiene algún paternalismo con los necesitados y con quienes considera ovejas descarriadas. Yo calificaba para ambas categorías, lo que fue un alivio económico y una prueba de

fuego para mi dignidad profesional. El trabajo se volvió rutinario y entonces la posibilidad de ganarme unos pesos, más mi tarea pendiente con la escritura, me motivaron un día a llamar al crítico literario Mariano Aguirre, editor del suplemento *Literatura y Libros*, del nuevo diario de oposición *La Época*. Atendió mi llamado y le dije:

—Buenas tardes, soy Javier Edwards, vale decir un “NN”, pero me gusta la literatura y el suplemento que edita. Me gustaría colaborar con ustedes.

Mariano, a quien después conocí como la gran, inteligente y generosa persona que fue, me contestó tras una breve risita:

—Si quieres colaborar con nosotros, tienes que cumplir dos condiciones: saber de literatura y escribir bien. Mándame cosas que hayas escrito y veremos.

Siempre las puertas se abren cuando uno se arriesga a golpearlas. Revisé algunas cosas escritas, pero nada me pareció adecuado. Leí tres novelas a “mata caballo” y escribí durante el fin de semana los correspondientes artículos. Se los envié y una semana más tarde me dijo:

—¡Bien! Te haremos llegar el libro *El bosque de la noche*, de la escritora Djuna Barnes. Comenzarás con autores extranjeros y cuando te hayas afirmado, te pasaremos autores chilenos.

Ese fue mi primer artículo y por varios años escribí en ese espacio, también para la revista *Reseña* que dirigía con acierto Gonzalo Contreras, en *Quimera* y *El Observador* de España, mientras hacía un magíster en Derecho Europeo. Pude hacerlo, asimismo, con el paso del tiempo, en la extinta *Revista de Libros* de *El Mercurio*, después en medios digitales, y ahora recientemente en la *Revista Santiago* de la Universidad Diego Portales.

El lector crítico en que me convertí adquirió cierta notoriedad y cuando *La Época* ya languidecía —iniciada la transición a la democracia y tras yo retornar de España en 1992—, decidí intentarlo en la mencionada *Revista de Libros*, en ese entonces bajo la certera dirección de María Elena Aguirre. Su crítico principal era Ignacio Valente, seudónimo del sacerdote José Miguel Ibáñez Langlois. Armé una carpeta con mis artículos y los fui a dejar en

un sobre dirigido a la editora. Un par de semanas después o quizás algo más, me llamó de vuelta y dijo: “nos gusta cómo escribes y tu independencia. Don José Miguel dice que tienes buena pluma y punto de vista”. De la manera más imprevista —no me sentía católico y menos cercano al Opus Dei, quizás era una especie de protestante kierkegaardiano— se me abrió esa puerta, coincidiendo con la decisión de Valente de tomarse una suerte de “retiro crítico” para dedicar más tiempo a su ministerio sacerdotal.

Se generó una confianza recíproca con la revista y entré de lleno en el ojo del huracán de opiniones y disputas, diálogos, visibilidad. Conocí la grandeza y los problemas del mundo literario, sus egos y banalidades, también la fortaleza de esas almas inoxidables que habitan en los escritores de verdad. Asimismo aprendí sobre el rol de las editoriales y su arbitrariedad mercantil; el mérito y amor por la literatura de los editores artesanales e independientes; el mundillo de las relaciones públicas; las intrigas; las lealtades ciegas; el mundo de los librereros, y las sabrosas anécdotas de ese momento literario conocido como Nueva Narrativa Chilena.

El lector, que en su infancia leía la palabra oral a través de los cuentos relatados por su padre, ya tenía pantalón largo. Descifraba libros físicos desde hacía largo tiempo, ahora su lectura tenía por objeto escribir una opinión sobre dichas obras; ejercía un cierto juicio o interpretación personal. Había muerto el lector por gusto y entretenimiento, dando lugar al “crítico periodístico”. En ese rol había que actuar con libertad, dejando de lado simpatías o lealtades mal entendidas. Había que agitar las aguas, entendiendo que, para un autor, la peor crítica es el silencio.

Existen distintas formas de aproximarse al texto u obra de arte. En un extremo está, por supuesto, la académica: el resultado de una aproximación dedicada, extensa e intensa a la vez, sobre un texto y/o el conjunto de una obra, con el objeto de abordarla bajo una metodología determinada e indagar exhaustivamente los significados posibles de ella. Es la crítica de tesis, la que surge de los ensayos de largo aliento, y pretende establecer las conexiones profundas entre la obra y su contexto, teorizar sobre la independencia de las palabras en contraste con la biografía del autor, la función

del texto, la relación de fondo y forma, el análisis de las propuestas, las rupturas y los apegos a modos y cánones. En el otro extremo tenemos la crítica periodística, más rápida, breve, impresionista, aunque no por eso menos rigurosa. Nace del ojo entrenado de lectores educados en la teoría y en el acto mismo del leer, quienes levantan la cabeza por sobre la línea de flotación de millones de lectores silenciosos, para expresar una opinión. En el espacio intermedio encontraremos diversas maneras de leer e interpretar, con más o menos apego a doctrinas, teorías o métodos. Pero, al fin de cuentas, siempre habrá una cierta práctica del ensayo, ese género literario que, en el decir de Roland Barthes, no busca el pleno sentido, sino que “los crack, la fisura, el lugar donde el sentido se agrieta”.

* * *

Después de más de treinta años escribiendo y opinando sobre literatura, llegó el momento de dar otro paso y reunir parte de mis críticas ya publicadas, evaluar su grado de acierto, discutir conmigo mismo, descubrir la grieta e indagar en ellas cuánto sentido aún resta de lo dicho sobre lo que otros escribieron.

La presente antología sintetiza esas tres décadas y algo más de artículos sobre obras de escritoras y escritores chilenos, críticas, reseñas, comentarios. Opiniones que, siempre honestas, directas y sin ánimo de halagar o denostar, se hicieron cargo de cuentos, novelas y textos literarios inclasificables (como *El infarto del alma*, de Diamela Eltit). Hoy las revisito con curiosidad y sana modestia, descubriendo aciertos, errores, cambios en la mirada y el tono, constato que algunos significados se mantienen y también observo otros nuevos en estos micro ensayos enfrentados al paso del tiempo. El lector eventual de estas palabras de hoy y ayer hará su propio ejercicio, buscando en los pliegues de este libro sus propios significados y silencios. Eso es la trama infinita que tejemos (de manera cómplice y desde el primer relato) escritores y lectores, para agitar el agua calma que no dice nada.

Si algún sentido tiene este ejercicio, pienso en esa maravillosa novela que escribió el inglés Evelyn Waugh, *Brideshead revisited*,

y en las palabras de la incansable correctora de sus mismos textos que fue Marguerite Yourcenar, quien en *Fuegos* dice: “Ardiendo con más fuegos... Animal cansado, un látigo de llamas me azota con fuerza las espaldas. He hallado el verdadero sentido de las metáforas de los poetas. Me despierto cada noche en el incendio de mi propia sangre”.

Habrà quien entienda, espero, por qué la escritura me ha llevado a esas dos referencias para cerrar este prólogo.